

ESTUDIANTES DE BOLONIA



icho de esta manera parecería que todos los universitarios españoles han de pasar por esa preciosa ciudad italiana pero no es así. El nombre viene dado por la ciudad en la que se produjo uno de los acuerdos más favorables que pueda darse para los universitarios españoles, a pesar de que ellos sigan insistiendo en que con el cambio perderán. Pero no se puede perder cuando ya está todo perdido. Cuando nuestro modelo universitario es un dinosaurio en el que siguen mandando toda la pléyade de mediocres que a base de horribles oposiciones y peloteos mil lograron alcanzar los rectorados o las cátedras estos sí que tienen que perder con el acuerdo de Bolonia, pues deberán cambiar sus tediosas clases de exhibición personal y nula complicidad con sus alumnos por modelos participativos en los que los chicos puedan reflejarse.

Todos los que hemos pasado por una universidad recordamos con horror las insufribles horas pasadas escuchando los monólogos de unos tipos solo atendidos por obligación, no porque se hubieran ganado la atención y el respeto de sus alumnos. En España nunca se ha primado el placer de descubrir, la emoción del saber, la pasión por el conocimiento. Se ha hecho todo lo contrario, impulsado por los pésimos profesores universitarios que tuvimos, y que, por desgracia para los estudiantes, sus métodos se prodigaron en el tiempo al desesperante paso de las generaciones.

Recuerdo con auténtica nostalgia mi paso por clase en los Estados Unidos, donde los profesores, sin perder un ápice de su sitio, compartían sus conocimientos desde los pupitres, entablando con los alumnos verdaderos debates sobre el saber, que siempre terminaban por imbuirnos a todos en la asignatura, quedándonos con ganas de más. Nuestro insoponible sistema de memorizar todo el saber ha terminado por hacer teóricos, que suelen fracasar cuando para resolver el problema hay que usar el ingenio, la reflexión y la razón.

Y transcurren los años, y tus hijos, pertenecientes a dos generaciones distintas, siguen pasando por los mismo tormentos, por la misma estupidez, mientras catedráticos y profesores se aplauden entre ellos en cursos y seminarios donde se vanaglorian de lo duros que son, de los fracasos que causan en muchos chicos, y de cómo logran expulsar de la universidad a los que nos son capaces de aprenderse de memoria las setenta asignaturas que de forma monstruosa se exigen en la mayor parte de nuestras carreras.

Por eso, el proceso de Bolonia solo puede mejorar nuestro pésimo sistema, acercándolo a modelos más participativos, en los que el genio y el ingenio no consista en saberse de memoria el Código Civil o las tablas de logaritmos. En España seguimos inmersos en una mediocridad académica cotidiana. Y nuestro nivel de cultura solo logrará subir y acercarse a los países más desarrollados cuando la juventud logre emocionarse con el placer de descubrir, con la emoción de saber. Y eso, amigos, solo lo puede lograr un profesorado bien retribuido que transite por la excelencia. No hay alumnos malos, hay profesores incompetentes. Pues, hasta del más torpe y trasto podemos y debemos sacar partido.